Valérie Mréjen

# SELVA NEGRA

PERIFÉRICA



# SELVA NEGRA

**VALÉRIE MRÉJEN**

TRADUCCION SONIA HERNANDEZ ORTEGA

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

LARGO RECORRIDO, 81

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *Forêt Noire*


**¡nfo@editorialperiferica.com**
**www.editorialperiferica.com**

ISBN: 978-84-10171-27-5

Una tarde ese hombre está en su casa. Intenta llevar a cabo un par de acciones siguiendo un orden, concentrándose en su ejecución. La ventana desde donde se domina la calle atrae su mirada. Ve caminar a la gente, hombros cargados con pesos diversos, bolsas de todos los tamaños, abrigos, gabardinas. Piernas que acarrean cuerpos formados y llenos de órganos que funcionan mejor o peor, piernas que no paran de cruzarse, piernas que avanzan, cabezas que dan vueltas a miles de cosas de distinta importancia, cabellos que se agitan con el movimiento. Cabellos anónimos brillan en la claridad pálida y cegadora del sol invernal, se levantan en remolino sin motivo, se rizan, pierden su color. Cabellos que se salpican de hilos blancos; al principio en número ínfimo, después en cantidad abundante a poco que se les dé tiempo y ocasión.

El hombre del piso piensa que ya es bastante viejo. Descuelga la bola de discoteca de la viga y desliza una cuerda en su lugar. Seguramente ha comprado este accesorio en la sección de bricolaje del bazar cercano a su casa. Se coloca la cuerda alrededor del cuello y contempla entonces la habitación a bastante altura, desde la escalera.

Los vecinos de abajo escuchan un ruido extraño que los deja inmóviles, como un objeto metálico al desplomarse sobre un suelo de cemento.

Un 31 de diciembre, el día del cumpleaños de ese hombre, una familia se prepara para pasar la Nochevieja. Un padre divorciado y sus tres hijos están invitados a casa de una amiga de la madrastra donde no conocen a nadie y temen de antemano aburrirse mortalmente. En un lujoso piso parecido a un decorado de telenovela, una joven empleada a prueba habrá colocado minúsculos cestillos de flores artificiales sobre manteles perforados para dar un toque festivo, manteles que protagonizarán apasionadas conversaciones en las que los anfitriones revivirán los intensos regateos a los que se dedicaron en cuerpo y alma en los mercadillos de países pobres. Se expondrá como victoria el ridículo precio conseguido a fuerza de insistencia. Lo que, vista su fealdad, parecerá aún demasiado caro a la hija mayor, una adolescente tensa, muda y angustiada por ese ambiente.

Antes de dirigirse a la casa de esas personas deben prepararse y vestirse con elegancia. La ropa elegida para la cena por los dos niños menores no es apropiada para la ocasión: no han traído ni camisas nuevas bien planchadas ni pantalones de franela ni chaquetas de

vestir. De hecho, no cuentan con tales prendas porque su padre tiene pavor a aventurarse los sábados en los grandes almacenes y no conoce las marcas de moda. Cada cierto tiempo los lleva a un local oscuro en el barrio de las tiendas al por mayor, donde un hombre que huele a colonia y asegura conocerlos desde que nacieron les hace probarse chaquetones tan mal cortados que no se parecen en nada a los que ven en los escaparates, y zapatos de pésima calidad que imitan más o menos los modelos del momento. No se atreven a rechistar. Probarse las ropas es un sacrificio y, en cada ocasión, salen de allí con pantalones de pinzas de tela rasposa con la raya marcada por delante y por detrás que les cortan la respiración; todo dentro de bolsas de plástico con varillas rígidas provistas de minúsculos corchetes que nunca cierran por completo y con asas de cantos vivos que les dejan marcas rojas y blancas en la palma de la mano.

Se decide entonces que pasarán rápidamente por casa de la madre, quien se encuentra fuera, de fin de semana, con su amante. Es así como el padre se refiere a ese hombre desconocido, *amante*, a pesar de que el divorcio se legalizó años atrás y de que él mismo sale de forma habitual con otra mujer. El padre tiene una amiga, la madre se ve con su amante. El coche avanza por avenidas desiertas iluminadas por la luz de las farolas, deja atrás el barrio acomodado, con sus grandiosas avenidas flanqueadas por castaños centenarios, y se adentra por una zona más apagada de las afueras con calles de sentido único. Se detiene frente a un edificio, los niños deben apresurarse obedeciendo a lo que ellos interpretan como un suspiro de impaciencia sobreactuado. El hermano introduce la llave en la cerradura de forma estrellada y, por la ausencia de presión, nota que el pestillo no está echado. Alguien ha venido entretanto. En efecto, la luz de la cocina está encendida, el halo de luz que surge de los apliques comprados recientemente en un gran almacén de bricolaje ilumina las paredes blancas desde hace algunas horas. En el suelo, sobre las baldosas, ven los restos de un plato roto.

Llaman, esperan una respuesta, suben al primer piso, les resulta evidente que aquello no es normal. En la habitación que hay al fondo del pasillo les espera una presencia: una mujer que a todas luces es su madre, en camisón y tumbada entre las sábanas, en un estado parecido al sueño.

Reconocen perfectamente la colcha de piel sintética, las dos mesillas del siglo anterior asentadas sobre esbeltas patas, los misteriosos cajones de marquetería en cuyo interior siempre esperan encontrar alguna sorpresa pero no encuentran más que las mismas cajas de marfil o de raíz de brezo grabadas, y en el interior sus dientes de leche amarillentos y rajados a la mitad, un viejo costurero, objetos bien conocidos. Sobre la almohada, el rostro de cera parece relajado,

los ojos medio cerrados miran hacia algún lugar en el techo.

La familia intentará comprender lo sucedido, se repiten sin parar las mismas preguntas sin respuesta como si milagrosamente, al cabo de un tiempo, pudiera llegar por fin una explicación real y convertir aquello en algo más racional. ¿Por qué esta mujer de treinta y ocho años y madre de tres hijos, enamorada de su nuevo compañero, volvió antes de lo previsto de su escapada amorosa? El amigo dirá que él no lo sabe, que realmente no tiene ni idea. No sucedió nada especial entre ellos para que ella decidiera volver esa noche. Tal vez dijo algo que la hiriera sin saberlo. Tal vez dijo algo que la hiriera un poco a propósito. Tal vez fue duro con ella con el loable fin de ser completamente sincero. Tal vez quiso mejorar su relación haciendo, con cautela, una observación. Tal vez intentó expresar su irritación ante cierta manía dando por hecho la capacidad de la mujer para soportar reproches. Tal vez se comportó bruscamente por cansancio, por nerviosismo. Tal vez quiso empujarla un poco.

El hecho es que ella se tomó unas pastillas. En la escalera, los uniformes oscuros y las gorras de los policías encargados de certificar la defunción dan un aspecto extrañamente oficial al suceso. Sus colegas de la comisaría deben de estar esperándolos para abrir una botella de champán cuando llegue la medianoche. Cuando llegue la medianoche, los agentes de servicio en el puesto de policía del barrio harán chocar sus copas, llamarán a sus esposas, a sus hijos, a sus padres y todo el mundo se deseará un feliz año 1986. Por el momento hacen su trabajo en las afueras: al fondo de una calle sin salida donde crecen los rosales, rodeados por una familia que no tiene ánimo para fiestas, ven a los niños desvanecerse ante un cuerpo sin vida.

En algún lugar de París, en un estudio escasamente amueblado, dos policías auxilian a una mujer tumbada sobre un colchón en el suelo. La giran sobre el costado, manipulan con torpeza la masa inerte y blanda que acaba de evacuar por la boca un chorro de algo líquido. El marido de la mujer los ha llamado, les dice que toma barbitúricos todos los días, cinco o seis a media tarde, cuando se siente deprimida. Llega un médico con bata blanca, dirige una mirada de sorpresa al hombre que está filmando la escena y, sin perder un momento, se arrodilla junto a la enferma. Siguiendo sus pasos hay también una enfermera. En el descansillo de la escalera, el marido permanece en compañía de dos agentes. Uno de ellos, un joven bigotudo, pronuncia la palabra *asfixia e* intenta desdramatizar. Repite que era *una situación límite*. Al instante, un poco más abajo en la escalera, puede verse cómo el joven médico agarra del brazo fraternalmente al marido y lo lleva aparte.

En el momento en que los hermanos, totalmente fuera de sí, salen de la casa para avisar a su padre, que espera en el coche, éste tarda un tiempo infinito en salir, pues quiere saber ante todo de qué se trata y no para de repetir: «¿Qué?, ¿qué pasa?», esperando que le den una razón suficientemente importante para despegar su cuerpo del asiento e interrumpir su brumosa ensoñación, sumergido en la grisalla de esa calle por donde tal vez cruza lentamente una abuelita bien abrigada. En el preciso momento en que, pareciéndoles interminable, los niños se enfrentan a la incapacidad del padre, que sigue hundido como una enorme piedra en el asiento de cuero, la hermana mayor está saliendo de una elegante y llamativa peluquería en el puente d'léna en compañía de su madrastra, que ha insistido en que se hiciera ella también un *brushing* a la americana. El hecho de haber pasado más de una hora en ese lugar tan opuesto a sus gustos, donde el ambiente perfumado y dulzón trae a la mente la palabra *gallinero*, donde las mujeres de los barrios elegantes se comportan como niñas mimadas, insatisfechas y exigentes, hace aún más insoportable el contraste entre los dos sucesos simultáneos: la confrontación de los más pequeños con el cuerpo yerto en esa casa de la cual ahora deberán mudarse y el volumen artificial de sus cabellos, peinados a base de cepillos redondos y laca en un lugar donde las conversaciones son tan terriblemente huecas que el incesante ruido de los secadores es casi una bendición.

Ella conoció la noticia algo más tarde que los demás, al llamar por teléfono a casa de su madre como le había sugerido la empleada, quien acababa de recibir la información de la misma manera, y el hermano, tras descolgar, no pudo hacer otra cosa que pasar el auricular al padre, quien sólo supo ir al grano anunciando el suceso de forma brusca y directa. La absurda sofisticación de su peinado al estilo vieja señorona, le provocó la impresión de encontrarse en una mala telenovela, de tantas veces como había visto a aquellas actrices con melena de leona recibir malas noticias por teléfono, así que unos días más tarde volvió a otra peluquería más cercana a su estilo y a su edad para raparse al cero.

¿Cómo retomar la conversación donde la habíamos dejado la última vez? ¿Por dónde deberíamos recomenzar? Sin duda por un clásico *qué tal estás*, aunque no tenga ningún sentido.

Aquella mujer joven y coqueta habría podido tener menos prisa y leer atentamente, tras su jornada laboral, el folleto del aparato antes de instalarlo: habría leído las instrucciones de uso en el idioma de su elección y colocado un despertador cerca antes de desvestirse. No se

habría dormido tan profundamente, cansada como estaba tras la larga jornada en aquel momento lejos aún de las vacaciones, después de encender las lámparas ultravioleta, dejando que los rayos le quemaran la piel durante el sueño. Vacaciones de las que no podría volver a disfrutar puesto que se habría calcinado sin darse cuenta entre las planchas de un aparato recién salido de una caja de cartón, en su piso lleno de objetos de todo tipo, que cabrían, sin duda, en unas cuantas maletas cuando vinieran a desalojarlo.

Alcancé, y después superé, la edad que ella tenía el día de su muerte y me encuentro en la extraña situación de ser mayor que ella. Cuando traspasé ese límite me dije que todos los que estaban en la misma situación debían de sentir en mayor o menor medida lo mismo: el temor a ser partidos por un rayo en cualquier instante, una culpabilidad más profunda que de costumbre y, al mismo tiempo, una liberación.

En una región soleada, varios matrimonios, algunos con niños, pasan el verano entre amigos en un chalet con piscina. Una noche, dos pequeños, hermano y hermana, abandonan sus camas en silencio y se dirigen a la escalera, salen al jardín, pisotean en la oscuridad la hierba ya tibia y se dirigen a la piscina embrujados por el brillo turquesa del agua. Por la mañana, al despertarse, tras varias llamadas inquietas en el interior de la casa, los adultos los encuentran ahogados, flotando en la superficie. Las mujeres se ocupan de inmediato del duelo de la madre, permanecen junto a ella en la casa, seguramente llevan a cabo los primeros trámites mientras los hombres se dirigen a la estación a recibir al joven padre, que debía llegar ese mismo día. Al descender del tren, éste divisa a todos sus amigos al otro extremo del andén y se pregunta por qué habrán venido todos juntos, por qué toda una delegación; comprende, sin ser aún consciente, que es síntoma de algo extraño.

Una noche sueño que ella vive en Nanterre: me pregunto por qué esta ciudad. Como en una película de cine negro donde el investigador frunce el ceño y repite numerosas veces la misma frase sibilina con la esperanza de encontrar una revelación, me oigo pronunciar *n'enterre,*[1] la negación de entierro. En el mismo sueño ella está de paso en Roma, que es muerte al revés.[2] Lleva un sombrerito bob y un pelo muy largo. Cultiva verduras bio. La encuentro francamente *new age*.

Y si aquella otra mujer, una conocida de unos conocidos lejanos cuyo grado de amistad se pierde en el boca a boca y nadie sabe a ciencia cierta quién la conocía realmente; si, simplemente, aquella mujer no se hubiera reído con toda el alma escuchando una anécdota

cómica relatada por uno de los invitados a un *choucroute party*; si no se hubiera inclinado hacia atrás, dilatando así su laringe, que pudo ser obstruida por un trozo de alimento a consecuencia del empuje del aire; si el gracioso hubiera añadido algunas frases para alargar el buen rato; si lo hubieran interrumpido; si se hubiera servido un par de cucharadas más; si lo hubiera retrasado un acceso de tos o si su teléfono hubiera vibrado y lo hubiera sacado del bolsillo, descubriendo con aire contrariado el nombre del potencial salvador; o incluso si él hubiera decidido finalmente no responder y contar el final de su historia, algunos segundos habrían sido quizá suficientes y aquella desgraciada hubiera podido masticar su trozo de salchicha.

¿Qué noticias dar al cabo de veinticinco años? Los almacenes Printemps aún existen, los grandes bulevares también. El supermercado inglés que estaba en la acera de enfrente, con sus productos tan típicos, cerró definitivamente, ya que no tenía suficientes beneficios en Francia. Aquí poca gente compraba pijamas de flores o blusas de volantes. Es una lástima, pero reconozco que yo tampoco lo frecuentaba tanto. Sin embargo, ahora es muy fácil ir a Londres gracias al túnel de La Mancha. Seguramente, ella estuvo en Gran Bretaña en algún curso de idiomas antes de casarse. Sé que viajó a Alemania, a la Selva Negra y a Baden-Baden, donde, de niña, acompañaba a su madre a los hoteles termales. En Italia, varios veranos seguidos en una pequeña ciudad-balneario de la provincia de Rímini; en Marruecos, de viaje de novios; y en Suiza, para los deportes de invierno.

Los *tickets* de metro y de autobús pasaron del amarillo al azul verdoso, después al violeta, luego al blanco con monograma, la moneda cambió, las mesas de algunos cafés sirven eventualmente de soporte publicitario (la base es hueca y dentro, alabeada por la humedad, se aloja una lámina redonda). Tenemos una ópera de la Bastilla, una pirámide del Louvre, un barrio nuevo al lado del Sena, una gran biblioteca, bicicletas de alquiler sujetas a soportes automatizados.

El año 2000, fecha que todo el mundo imaginaba como un futuro de ciencia ficción, quedó ya atrás, y a pesar de los rumores anunciando cambios terribles, la entrada en la década se produjo sin demasiados traumas ni catástrofes. El cálculo que habíamos hecho para saber la edad que tendríamos resultó exacto en lo que me concierne, y a partir de ese momento los lemas y etiquetas asociados al número 2000 envejecieron de repente, como si la aguja magnética encargada de indicar las tendencias en nombres comerciales hubiera girado ciento ochenta grados, señalando a partir de entonces al pasado.

Se sentiría extranjera. A veces, sin querer, me sorprendo imaginando algo tan irracional como su repentina aparición y la aventura que supondría pasear a su lado por las calles de París. Todo sería motivo de extrañeza: ver a la gente hablando por teléfono mientras caminan, algunos con un auricular imperceptible le darían la impresión de dirigir las palabras al aire: yo me divertiría al principio viendo sus reacciones, pero al cabo de un rato acabaría seguramente impacientándome, del mismo modo que uno arquea las cejas con una pizca de tierna irritación ante el primo lejano venido de quién sabe dónde, tan fácil de impresionar por la gran metrópoli, como si todo este mecanizado y complejo entorno fuera un trabajo personal, una fenomenal cadena de artefactos modernos concebidos y dispuestos para fascinarlo. Todo le parecería insólito, la gente con aspecto de dirigirse apresuradamente a algún lado, los plátanos con su corteza de tela de camuflaje, la ondulación de las hojas sacudidas por el viento, recuperar la posibilidad de leer la expresión de los rostros, los anuncios en las marquesinas de autobús: mil detalles la harían detenerse y le hablarían del presente. Yo tendría la impresión de sacar de paseo a una niña que despierta tras dos décadas de siesta: ella se esforzaría en nombrar cada objeto para cerciorarse de que aún los conoce, o tal vez para volver a sentir, pronunciando las palabras, la euforia del rencuentro con las cosas de este mundo. Caminaría lentamente, puesto que ya no tendría que preocuparse por limitaciones de tiempo, se lo tomaría con calma y molestaría inevitablemente a los presurosos viandantes. Éstos resoplarían exasperados, decidiéndose finalmente a adelantarnos, apoyando ostensiblemente un pie en la calzada al tiempo que, difuminados por el ruido de la calle, restos de algún juramento llegarían a mis oídos. Yo maldeciría su brusquedad, me controlaría para no insultarlos por haberse atrevido a mostrar su exasperación. Tendría la impresión de haberme cruzado con unos brutos, unos monstruos dispuestos a todo con tal de no perder ni una oportunidad. Censuraría este comportamiento grosero, a pesar de que yo misma no pierda la ocasión de hacer lo mismo en cuanto un pobre peatón se atreve a hacerme ralentizar el paso al caminar como un caracol por mitad de la acera. La cogería del brazo como a una novia apocada, para avanzar entre la muchedumbre, espiaría en los ojos de los demás la sorpresa de vernos como si el mundo entero hubiera debido conocerla, me preguntaría en secreto si piensan que somos hermanas. Como cuando sales a la calle con un nuevo peinado, me sentiría levemente decepcionada ante la falta de la debida reacción a nuestro alrededor.

Me cercioraría con excesiva ansiedad de que no hay peligro antes de cruzar la calle, concedería especial atención a esta recomendación

tan elemental. Recorrer el barrio, que a veces me aburre a fuerza de costumbre, se revelaría como una sucesión inesperada de escaparates atractivos, y esas tiendas de palmatorias imposibles de metal oxidado o de marcos de foto para regalo de despedidas de soltero, nos llamarían a entrar y, quién sabe, incluso a comprar. Puede que el sentido crítico no le hubiera llegado aún y no tuviera el discernimiento necesario para encontrar feos ciertos objetos. Puedo imaginar, por ejemplo, con cierto apuro, que podría quedarse aún sorprendida y maravillada delante de muebles de mármol brillante y de cristal macizo expuestos bajo llamativos carteles publicitarios en tiendas cubiertas de espejos, entre una alfombra de piel de tigre y un rinoceronte dorado. Lo que desearía enseñarle, lo que yo consideraría digno de atraer su atención, no le interesaría y su mirada se detendría en detalles desprovistos de sentido para mí. Me apetecería llevarla a un café de mi barrio donde a veces quedo con alguien si sospecho que esa persona puede ser sensible a aquel reducto protegido, un poco de otro tiempo. Regentado por una dueña totalmente chabroliana, siempre bien arreglada, el pelo negro azabache sujeto en un moño y los firmes pechos apuntando al frente bajo una camisa de *crêpe* donde se balancea una piedra tallada que pende de una cadena de oro. El lugar es tranquilo y anticuado, lleno de flores todo el año. El ambiente recuerda al de un hotel de provincias tan pequeño como para que la llegada de un nuevo cliente, con el tintineo de campanillas, se reciba como un acontecimiento. Reina allí un silencio delicioso, delicioso cuando se está acostumbrado a las ruidosas calles por donde circulan autobuses, camiones, enormes camiones, coches, scooters, bicicletas eléctricas o no, camionetas, furgonetas, motos, ciclomotores, patinetes con o sin motor, peatones en patines, peatones en *skate*, en tacones o en zapato plano. Pero la tranquilidad un tanto religiosa del lugar y la presencia de todas esas flores con el tallo cortado llamadas a marchitarse al cabo de dos días tendrían para ella un aspecto de algo ya vivido, y no le entusiasmarían especialmente.

El nombre de una mujer de ojos azules, apodada por su familia *nuestro sol, se* anuncia como desaparecida desde el tsunami de 2004 en las columnas de un diario. Se encontraba en la costa de uno de los países donde tuvo lugar la catástrofe durante las vacaciones de Navidad. Este aviso no supone nada, solamente nos hace partícipes de una inquietud, informa de una eventualidad que nadie quiere creer pues todos siguen aguardando. Pero, muy pronto, uno no puede evitar repetir y enlazar sin parar una serie de hipótesis lógicas que se encadenan y se superponen, seguramente las mismas para la mayor parte de las personas alarmadas por esta noticia: ella habría llamado a su hija. Habría enviado un SMS, al menos uno muy corto, habría

pedido prestado un teléfono si el suyo hubiera caído al agua embarrada que arrastra cuerpos y escombros, habría encontrado un hotel desde donde llamar, habría pedido a alguien que lo hiciera en su lugar, habría encontrado la manera de dar con ella. Con toda seguridad está herida o inconsciente o inmovilizada. Desde una camilla, sin fuerzas ni valor, no puede cumplir con esa necesidad ni hacerse comprender en inglés. Quizá no tenga un trozo de papel ni un lapicero para escribir muy legiblemente el número y el prefijo. Las líneas telefónicas están cortadas o hundidas. Pero los días van pasando y todas esas hipótesis inventadas para mantener la esperanza se desvanecen una tras otra.

Un olor a quemado se introduce en el piso y parece venir de la planta de arriba. Ella sube y se detiene en el descansillo del vecino, delante de una puerta por la que se escapan volutas de espeso humo negro. Oye un estrépito dentro y llama preguntándose si realmente habrá alguien. Un estudiante en plena crisis y visiblemente alterado abre la puerta, que da a una habitación desordenada en medio de la cual se distingue, sobre el suelo, un montón de papeles y objetos ardiendo. Ella, por instinto de protección, propone de inmediato sofocar el fuego. Todo sucede rápidamente. El joven agarra un cuchillo, con el que hiere a esta mujer de unos cuarenta años, apreciada por sus colegas, querida por los suyos, madre de dos niños pequeños. El marido, que ha permanecido en el piso, inquieto por no verla regresar, sube a buscarla y la descubre ensangrentada, ya en la agonía. Ella expira en sus brazos mientras el asesino, que ha saltado por la ventana, muere siete pisos más abajo.

Abandonaríamos ese lugar tan encantador y tal vez fuera mejor así, pues a decir verdad no sé lo que habría pedido. Apenas fuimos juntas a los bares, o fue hace tanto tiempo que no recuerdo sus gustos.

Es evidente que no sabríamos cómo empezar. Yo tendría miedo de ser brusca, de soltar información sin ton ni son, de querer recuperar el tiempo hablando sin parar, de arruinar sin remedio la ilusión del reencuentro.

Otro sueño: vamos en coche, en un modelo *Espace*, por la carretera, en compañía de una pareja de amigos. El marido, Bob, es ya un hombre de cierta edad, pero su entusiasmo y energía sobrepasan con mucho los de gente bastante más joven, lo que suscita a su alrededor envidia y admiración. Cuando le preguntan cómo va la vida, con la edad, por supuesto, aumentan los temores, es difícil no pensar en el día en que las cosas dejen de ir bien, como hace él mismo, de hecho, con un tajante sentido práctico y un claro rechazo a la sensiblería.

Aprecia moderadamente los signos de afecto, los gestos estudiados, la prevención con que las buenas personas, preocupadas por ser correctas, inclinan la cabeza para hablarle o le ofrecen el brazo en la escalera. Cuando le preguntan cómo van las cosas, la respuesta positiva es siempre un alivio, una victoria ganada provisionalmente al destino. Antes de tener que jubilarse fue un destacado oncólogo: a lo largo de su vida y de su profesión trató demasiado con la muerte como para temerla realmente.

En mi sueño, mientras el coche avanza por la misma carretera, intentamos recordar el título de una película de Lubitsch. No damos con él, creemos que estamos a punto pero fracasamos sin remedio. Yo pienso en *El bazar de las sorpresas* y en otras, en *Ninotchka*… el que buscamos se nos escapa continuamente y resulta irritante. En realidad, Bob y su esposa no son cinéfilos y me extraño de mantener con ellos esta conversación. No logro finalmente encontrar la solución a nuestro enigma. Al despertar voy a consultar la filmografía del rey de la comedia: era *El cielo puede esperar*.

Podría comenzar así, y esta historia sería después de todo una manera de entablar conversación, de comprobar que, en efecto, el cielo habría podido esperar un poco más, que fue una lástima haberse ido tan pronto. Intentaría pronunciar alguna frase, por ejemplo: *te he echado de menos*, pero no sería la expresión adecuada, ya que es una fórmula demasiado cotidiana. Y, además, las palabras se quedarían atrapadas en las profundidades sin posibilidad de emerger, prisioneras de unas cuerdas vocales repentinamente tensas e hinchadas, exudando un humor amargo ahí donde se forma un nudo con regularidad variable en los momentos en los que debo decir *mi madre*.

Recapitularía: el Printemps existe aún, la tarjeta naranja desapareció, el abuelo murió solo dejando algunas deudas, han nacido cuatro nietos, el barrio donde vivíamos, más allá del periférico, ha sido ampliado y ahora tiene sobre todo torres y edificios de oficinas. Vendimos la casa, que se compró con una hipoteca a veinte años y que pagó el seguro.

Una vez pasado el embrujo de nuestro paseo por las tiendas de decoración, con el discernimiento saliendo a la luz, se indignaría, sin duda, ante ciertos aspectos de la época actual, ante esta nueva manera de apuntarse con orgullo en el famoso y hasta temido clan de la gente sin complejos. Se quedaría estupefacta, después de haber concedido tanto valor a la educación y al intelecto, al percibir una cierta vulgaridad en el ambiente.

Por supuesto, podríamos soñar con formar parte de ese club, de

liberarnos por fin de las trabas que nos hacen perder tiempo, de los obstáculos en los que creemos con mayor o menor fundamento y que han echado raíces lo queramos o no. Muchos de mis conocidos serían miembros de buena gana, pero no se atreverían a solicitarlo por miedo a no ser admitidos, aunque estarían dispuestos a pagar con creces y aun estarían convencidos de que el precio de inscripción no es lo bastante caro. Un hombre inteligente, sensible y erudito piensa que es un inútil y repite con frecuencia esta falsedad a quien quiera escucharle; especialmente, en realidad, a sí mismo. Una mujer espléndida, exuberante y divertida se ve a sí misma como una palurda y parece sufrir desde el momento en que abre la boca, creyendo que se le han escapado palabras inoportunas que dejarán en evidencia su torpeza: envía mensajes en cuanto llega a casa para pedir disculpas por haber dicho tantas tonterías durante la cena. Otra, inteligente, con encanto, profesional de talento en una prestigiosa institución, vive durante años con un tipo indeseable, además de arrogante, y termina por pensar, al igual que él, que no se la puede sacar de casa; por otro lado, ella misma explica a los amigos que la aprecian, y están por ello muy sorprendidos, que será mejor que no dé su opinión, ya que carece de interés. El hombre, que vive como un mantenido bajo su techo, aprueba, por su parte, esa cautela y la alienta, pues por una vez, piensa, ella tiene razón.

Estaría bien, realmente, encontrar un remedio para sentirse al fin más seguro, avanzar sin tener que luchar contra las propias fuerzas, dejar de torturarse intentando inventar cualquier justificación al menor movimiento. Pero el hecho de ser alguien sin complejos no significa exactamente eso: es incluso exactamente lo contrario. Consiste en presentar sus puntos débiles como cualidades y en considerarlos como un valor singular, llegando enseguida a creérselo a pies juntillas. Creo que ella no comprendería esta extraña y reciente moda.

En la secuencia de *Sucesos*, la película de Raymond Depardon, el hombre no ha tenido aún tiempo de asimilar la situación: la mujer, tumbada en ese colchón sin somier colocado sobre la moqueta, que parece dormir a su lado y que ha tomado barbitúricos, sencillamente superó la dosis habitual y se apagó mientras dormía. En la pequeña habitación todo recuerda a los años ochenta: el póster de la Torre Eiffel, la tabla sobre caballetes, la lámpara articulada sujeta por una pinza, las reproducciones de cuadros y los carteles, los objetos cotidianos tan típicos de aquella época. Flota allí un olor un poco rancio, de esos que te dan en la nariz al entrar, antes de acostumbrarse tras pasar un rato en la habitación. Sudor inmóvil, sábanas usadas, cuero cabelludo tiznado por la contaminación de la

calle, alfombra que se debería sacudir en algún momento, emanaciones de la cocina que terminaron impregnándolo todo para siempre.

El agente pregunta si estaban casados y el hombre comienza a responder que estaban a punto de hacerlo, que habían preparado los papeles, y estalla de nuevo en sollozos al comprender con asombro lo que acaba de suceder. En el transcurso de las semanas siguientes deberá enfrentarse brutalmente al suceso por otras razones, por dificultades lógicas e implacables, por la obligación de anular planes, por la llegada esporádica e imprevisible de ofertas publicitarias enviadas desde empresas a las que no tendrá el valor de responder y, menos aún, extrañamente, de pedir la baja de la suscripción. Por ello temerá a veces abrir el buzón, para no encontrar folletos de colores brillantes anunciando descuentos por la instalación de ventanas o por la compra de gafas que de todos modos ella no hubiera necesitado, al menos a su edad.

A la vuelta de un fin de semana en la playa con su hijo y sus nietos, una mujer se encuentra en un estado extraño que inquietará en mayor o menor medida a las personas de su entorno aunque la cosa no parezca realmente seria. Desde fuera podríamos encontrar la situación graciosa: se pone a decir tonterías en medio de frases con sentido. Su hermana acaba llamando a un médico, ya que los síntomas persisten y se vuelven preocupantes; pronto las llamadas entre hermanos y primos muestran que unos y otros intentan conocer las novedades o contarlas en un tono aún incrédulo pero cada vez más serio.

Le proponen someterse a algunos exámenes médicos, y en el mismo instante en que traspasa el umbral del hospital su caso se transforma irreversiblemente en caso. Empieza a divagar continuamente, su familia emplea la expresión irse por los cerros de *Úbeda*, intentan comprender el inexplicable fenómeno. Pronto se sabe que es debido a la falta de sodio, como si absorbiera litros de agua y no consumiera suficiente sal, pero eso es extraño puesto que, por el contrario, ella toma mucha sal y no bebe suficiente agua. Parece una explicación absurda y no es fácil comprender por qué un nivel de sodio del que no sabían ni que existiera le hace decir cosas sin sentido, le hace llamar varias veces seguidas a sus hijos para verificar si el número que tiene es el correcto, como en las tiras cómicas de locos que publican las revistas de las salas de espera.

No encuentran nada en las radiografías ni en los análisis, se dicen aliviados que seguramente el estado de confusión fuera pasajero o que había empeorado, precisamente, por el entorno hospitalario. Las informaciones ofrecidas poco a poco por el equipo médico, muy complejas para los no iniciados, circulan, no obstante, de hora en hora

al ritmo de las llamadas, nuevos términos hacen su aparición y cada uno hace lo que puede para explicárselos a quienes aún no los conocen. Finalmente llegan los resultados y todos tardan unos segundos antes de comprender que la enfermedad, identificada con una frase extraña o un nuevo eufemismo, es bastante grave y conocida por todos. A continuación, todo se va deteriorando, el tratamiento reiterado es agotador, el cabello se cae, la moral baja, las risas nerviosas entre hermanos estallan antes de la aparición de las lágrimas. Cada uno se agarra a lo que puede para intentar encontrar en todo aquello incongruencias o detalles que provocan una hilaridad desbordante. El reclamo *anunciado en televisión* en el escaparate de una funeraria o la corbata de pésimo gusto de un empleado se convierten en motivo de bromas completamente irresistibles entre los miembros de la familia.

Los dos hijos ya mayores padecen a veces crisis de ansiedad o sufren extraños fenómenos somáticos sin saber por qué, disfunciones de los sentidos o erupciones que se revelan, tras la consulta médica, como síntomas de angustia.

Para evitar ese malestar al hermano menor, su mujer lo coge de la mano y lo saca a pasear por las calles. Salir les sentará bien, mejor será no quedarse encerrados. Caminan por París, que aquella mañana aparece en tonos grises: el plomizo casi negro del asfalto, adoquines de granito oscuro cuyas caras rugosas están cubiertas de polvo, bordillos de aceras mates como la franela, cielo de acero bruto reflejado en el agua de las cunetas, muros de edificios alineados a lo largo de los bulevares haussmanianos, tejados de zinc azulados por la lluvia. Atraviesan el Sena, cuya superficie agitada aporta un tono caqui a ese paisaje monocromo, y sus pasos los conducen por casualidad hasta el bulevar de l’Hôpital. En el jardín botánico, en el pequeño zoo, las ranas de ultramar, amarillas, con sus minúsculas patas provistas de ventosas están encerradas en acuarios a temperatura elevada para reproducir su hábitat original. Una etiqueta advierte de que el contacto con su piel puede resultar mortal, pues son altamente tóxicas. Algunas especies han sido interceptadas en las aduanas cuando los traficantes intentaban introducirlas ilegalmente en nuestro territorio.

Miran con avidez los pequeños seres tan diferentes de ellos mismos que se desplazan y respiran detrás de cada vitrina del vivario. Algunos insectos palo parecen hojas caídas del árbol, las serpientes de mirada fija y lateral producen un efecto paralizador a pesar de no ser letales, las escamas dan una sensación de delicadeza extraña y desconocida y ver aquellos curiosos especímenes delgados y ágiles deslizarse

imperceptiblemente a lo largo de una liana que cuelga en diagonal los sorprende y les hace sentir bien. Ven inmensas tortugas, algunas más que centenarias, arrastrar sus caparazones gruesos como armaduras de bronce y levantar penosamente la pata zarposa y acartonada, tender sus cuellos llenos de pliegues hacia el agua del estanque en pendiente que conocen desde siempre. Están maravillados por una naturaleza repentinamente inédita y extraña, como si descubrieran por primera vez animales que sólo ven muy de vez en cuando, por la fantasía de esos cuerpos en forma de trozos de madera o de cordel, por esos peligrosos batracios casi fluorescentes, por esos reptiles gigantes de las islas Galápagos a los que ellos califican como prehistóricos a falta de un adjetivo mejor.

Se detienen delante de una enorme ¡guana verde hierba que los ignora con soberbia. El animal permanece de perfil, la cabeza erguida, la cresta en alto y las uñas ganchudas agarradas a una rama. Observan su ojo, no más grande que la cabeza de un alfiler al final de un cono de carne saliente, y su piel completamente arrugada, que recuerda el drapeado de una toga. Su gran vientre caído y las múltiples arrugas que le dibujan varias papadas indican una edad avanzada, y su aire de grandeza la distingue de las otras especies, entre las cuales se cree claramente el rey. Permanece inmóvil como una estatua, indiferente a los dos visitantes atentos que la observan desde hace un rato. De repente, he aquí que decide cambiar de postura pero falla en su movimiento y su pata resbala en el vacío: se encuentra en total desequilibrio al borde del precipicio y se agarra mal que bien para no caer del pedestal, liberando al mismo tiempo un chorro de orina que cae copiosa e inunda lastimosamente la escasa vegetación de su hábitat: la escena podría titularse *grandeza* y *decadencia* por la forma en que el pobre animal ha pasado de un estado a otro sólo por querer desplazarse unos centímetros.

El edificio del vivario es antiguo y tiene encanto, con su mosaico de azulejos de los años treinta dispuestos en damero, su techo bajo y sus pilares redondos de cemento rugoso; los pasos resuenan sobre el suelo helado y hacen chirriar la minúscula grava traída del exterior bajo las suelas, las palabras se amplifican y se confunden en un eco que recuerda los patios de escuela, cada vitrina despierta una curiosidad teñida de aprensión cuando se desconoce el animal que alberga.

Más tarde se extasían también con los orangutanes, especialmente con uno pequeño acurrucado en el regazo de su madre que tiene los ojos redondos como canicas y un rostro arrugado coronado por una mata pelirroja pegada en lo alto del cráneo. Nunca han mirado a los animales de esta forma. Se sienten tranquilizados por el entorno de criaturas que nacen y mueren cada una a su manera, sobreviven,

perecen, se agrupan, cuidan de sus pequeños antes de soltarlos en la naturaleza; no aquí, claro está, pero en teoría.

Su hija y su hijo son adultos, él está divorciado desde hace tiempo y lleva una vida de soltero en un piso pequeño comprado gracias a la herencia paterna; la habitación más amplia hace las veces de estudio. Pinta desde hace años fuera de las horas de trabajo, a pesar de la falta casi total de visibilidad y de reconocimiento. Aun siendo relativamente abierto, siempre se ha mostrado conservador en lo que concierne a la historia del arte y no ha superado las enseñanzas tradicionales que recibió, sin duda, en su ciudad marítima. Según su criterio, la pintura es el único arte noble, preferentemente al óleo y figurativa, o que al menos trate un tema reconocible. Prefiere encerrarse con sus lienzos fumando cigarrillos rubios y bebiendo vino antes que exponerlos a la mirada sin piedad del mundo, salvo una o dos veces al año por la apertura de algún taller en su barrio, donde algunos amigos y vecinos vienen a charlar, mientras pican las galletitas saladas de un bol desportillado, y a admirar las callejuelas privadas habitualmente cerradas y los pasadizos con muros cubiertos de hiedra de ese rincón de París. Nadie diría que aún quedan lugares con tanto encanto, basta con empujar una puerta para encontrarse en otro mundo, uno se siente como en el campo. Qué agradable. ¿Vive usted aquí desde hace tiempo? ¿Es alquilado o comprado? Debe de costar muy caro ahora. Tuvo suerte de comprarlo a tiempo. Se ha vuelto imposible encontrar lugares así. La gente está en contacto y se avisan entre los vecinos antes incluso de poner un anuncio, a no ser que tengas un portero que te sirva de contacto.

Pinta cuerpos ectoplásmicos, fantasmas chorreantes sobre fondo negro, enmarañamientos. Un día, se sienta sobre su cama con la cabeza apoyada hacia atrás contra la pared de su habitación espartana, que da a un patio pequeño, y su hijo, extrañado de no recibir respuesta al SMS en el que le proponía ir de picnic, pasa a visitarlo y lo encuentra en esa posición.

Él se ha llevado a sus tres hijos a la orilla de un mar lejano durante parte del verano, dejando en París a su nuevo novio, que aún no es tan de la familia como para acompañarlos. Parece que su cambio de orientación sexual no ha sido mal recibido por su entorno más cercano y mantiene buenas relaciones con su ex esposa. Desde que conoció al hombre de su nueva vida, ambos están radiantes, encantados, felices: en opinión de su entorno, aquel encuentro fue providencial.

Es el final del verano, esa última semana de agosto donde las escenas de playas atiborradas de bañistas se superponen ya a la caída de las primeras hojas de los árboles en los jardines y en las avenidas.

Aún es un poco pronto para llamar por teléfono: la gente tal vez no esté de vuelta, algunos tan sólo cogen unos días de vacaciones y los que no han salido prefieren actuar con discreción para prolongar los días de tranquilidad antes de las primeras citas. La noticia se extiende por el pequeño círculo en pocas horas: allí, en aquel país, en compañía de sus hijos, en un coche de alquiler, en un lugar que conocen algo pero no tanto como para saber orientarse perfectamente en la ciudad, en medio de uno de tantos barrios con edificios de viviendas casi idénticos y avenidas desiertas en las horas más calurosas del día, parece que tomó una calle de sentido único en la dirección equivocada y chocó con el vehículo que venía de frente y su vida se truncó por culpa de ese corto instante en que el ojo hubiera debido fijarse en una señal roja y blanca al borde de una acera.

En el entorno de su nuevo novio se preguntan cómo ser útiles, qué palabras de consuelo pronunciar, qué absurdo grano de arena aportar al dique de contención que quisieran ayudar a construir, aunque sirva de poco, contra ese maremoto de tristeza de intensidad difícil de imaginar: poco más se puede hacer que enviar esporádicas señales de presencia, esperando que ese dolor acabe por atenuarse y le permita cierto alivio.

Acaban de instalarse en un piso de alquiler encima de una panadería, en la esquina de un bulevar, y como está en la primera planta, cuando se hace de noche, desde la calle se puede ver un trozo de su salón a través de las ventanas. Ninguno de los dos se siente realmente curado de sus anteriores parejas, lo que complica su relación, a veces febril, donde se cuela una cierta tensión; en ocasiones, los estallidos estropean la tarde, pero a la mañana siguiente todo mejora de nuevo. Con su apariencia algo ruda y su engañoso aspecto de chico malo de buen corazón, con ese surco profundo entre las cejas y sus dedos estropeados por el trabajo manual, uno no imaginaría nunca que fabrica joyas tan frágiles. Uno no creería nunca que un tipo como él, con una cazadora de cuero negro y una moto rugiente, lleve en el maletero lingotes de plata y pinzas de formas torcidas para fabricar anillos de malla con piedras pulidas prendidas en racimo, que caen descuidadamente de un lado a otro siguiendo el movimiento de la mano que las lleva. Hace algún tiempo, cuando acababan de conocerse y ella vivía aún con su fiel compañero, el amigo de infancia con quien ella compartía un montón de recuerdos y de fotografías ordenadas en cajas de zapatos que habían hecho ya varias mudanzas, si bien este amigo de infancia, por su parte, ratificó la separación saliendo él también con otra chica, el joyero motero derramó a lo largo de la acera de su edificio varios puñados de oro en polvo como para señalar el camino hacia su habitación, como para

trazarle un sendero brillante bajo las farolas encendidas en la calle dormida y que no tuviera más que dejarse guiar, imprimiendo así, en el metal pulverizado, la preciada huella de sus pasos.

Finalmente se fue a vivir con él tras una separación aún candente, y conservó algunas cajas de zapatos con fotos de su vida pasada donde se veían rostros jóvenes o aún infantiles rodeados de muchos amigos, una serie de positivados en blanco y negro con ella al amanecer delante de un juego de café antiguo y un jarrón con jacintos, el contraluz de una cristalera, otras de fotomatón en color con el pelo cardado y una camisa a cuadros, polaroids descoloridas de su época un poco hippy: ella con su amor de juventud vestidos con túnicas y babuchas bordadas, comiendo cerca de una fuente en una de las grandes ciudades de la India adonde volvieron varias veces, y también en el patio de su primera vivienda arreglando una bicicleta o construyendo unas estanterías.

En este nuevo piso sobre la panadería, las cenas siguieron organizándose de forma casi idéntica, en buenos términos con el ex compañero, quien llevaba a su nueva novia, y los amigos de las fotos de viajes.

Al comienzo del nuevo año, después de pasar las fiestas con familia y amigos, no sin algún roce por culpa de una sospecha persistente de celos, él conduce su moto nervioso y, seguramente, a demasiada velocidad por un bulevar de mucho tráfico en París. En el hospital de las afueras donde emplazaron a las personas más cercanas tras el accidente, un enfermero negro y alto que preferiría poder decir otra cosa, pues siente simpatía por esa gente, sacude la cabeza en un gesto de sincera impotencia, repitiendo *no tengo buenas noticias, no tengo buenas noticias*. Bastantes años más tarde, para todos aquellos que aún están ahí, y cuyos rasgos se van alterando inexorablemente en las fotos de grupo por más que las digitales salgan cada vez más bonitas, el bulevar Magenta continúa marcado con una mancha imborrable, del mismo modo que para otras personas lo están otros lugares, tal plaza o tal calle, a partir de un momento habitados por la presencia del ausente, porque fue allí donde se encontraba por última vez.

Así fue, en el puente Henri IV, donde aquel joven actor franco-argelino educado en Aubervilliers chocó contra una farola, en la esquina por la que llegan los coches desde el bulevar Saint-Germain, cuando los que vienen del otro lado están parados en el semáforo, en un punto donde la acera es bastante alta. Casi enfrente del jardín donde habían rodado una escena de despedida en su primera película.

Nos habríamos marchado del café lleno de flores y caminaríamos

por las calles del barrio buscando otro, pero ninguno serviría, puesto que no me apetecería llevarla a un antro de mala muerte con la televisión encendida y lleno de bebedores habituales, o menos aún a una franquicia americana donde sirven leche aromatizada al caramelo con mucha espuma y advertencias en el vaso de corcho para no quemarse. En realidad, ningún lugar me parecería suficientemente bueno, todo tendría un aspecto anticuado y sucio, o bien falso y demasiado nuevo, o demasiado vacío y lúgubre, o demasiado abarrotado y ruidoso. En los cafés normales, el jaleo de los platos apilados sin miramientos y el bum bum de los filtros contra el borde de un cajón estarían en el límite de lo soportable para sus oídos y finalmente nos sentaríamos en el banco de un parque. Los macizos de hortensias le evocarían lejanamente el minúsculo jardín de la casa de las afueras en la que vivimos solamente los meses que tardamos en renovarla, un jardín tan pequeño y apretado entre dos parcelas de hormigón que uno se preguntaba si la tierra, un tanto dura y pedregosa, que lo constituía pertenecía al suelo original o la habrían traído en sacos y dispuesto en una capa fina pero suficiente como para que pudieran crecer allí algunas plantas no demasiado exigentes. Observaríamos las idas y venidas, el estancamiento de un grupo de jóvenes en chándal instalados en las escaleras como en el salón de su casa, la misteriosa soledad de una o dos personas con aspecto de no tener más planes para la tarde que permanecer en aquel lugar algo concurrido para no deprimirse en sus casas, niños pequeños fascinados por las carreras de palomas cojas y sus padres detrás riñéndoles porque no hay que tocarlas ni cogerlas. Nos quedaríamos allí mirando la actividad de aquel islote rodeado de verjas, al ritmo del golpeteo y del chirrido estridente de la abollada puerta de hierro, que los paseantes soltarían despreocupadamente tras ellos en un gesto emprendido con ímpetu pero pronto desmayado, en un vago movimiento del brazo, sin pensar en el ensordecedor ruido.

La niña de siete años y medio (no está poco orgullosa de haber alcanzado la edad de la razón, aun cuando el significado de la expresión le resulte un poco oscuro: suena realmente bien, como una victoria conseguida por acumulación de años), la niña de siete años y medio alberga una admiración total. Si le preguntan *tienes un modelo*, estaría tentada de contarlo todo con algo de miedo por verse al descubierto, ya que tal admiración podría ser motivo de burlas: le parece un tanto comprometido admirar de esa forma a sus padres. Existe una relación demasiado evidente, una proximidad molesta que daría la falsa impresión de que justamente ella habría elegido, por pura casualidad, a esas personas que el destino había situado de todos modos entre su familia. La encuentra casi intimidadora, extrañamente

inalcanzable tal vez, a causa de su pelo negro, de un negro azabache, como oye todo el tiempo, es la misma expresión que aparece en *Blancanieves*: la joven princesa de legendaria belleza tiene los cabellos negros como el azabache, o también como el ébano, y esas dos sustancias extrañas de las que sólo conoce el nombre le parecen tan fabulosas la una como la otra. Su madre es Blancanieves: una jovencita de ingenuo encanto y corazón inocente que fue despachada por la malvada reina, su propia madre, envejecida y celosa, temerosa, no sin razones, de que la belleza de su hija pudiera seducir a su tercer marido. De esta manera decidieron buscarle un novio lo antes posible y sin mayor dilación se anunció primero su compromiso, después la boda y enseguida el nacimiento de esta pequeña que tanto la admira.

La niña desearía tanto parecerse a ella que un buen día decide imitarla a la perfección, seguirla por todos lados y hacer sus mismos gestos. Se apresura detrás de ella por las habitaciones del piso, corre al cuarto de baño para lavarse tras ella, sigue sus pasos como una sombra a lo largo del pasillo, donde el parquet cruje terriblemente a pesar de las infinitas precauciones y su presencia es descubierta aunque camine de puntillas, le pisa los talones de continuo, intenta imitar con exactitud todo lo que hace con la idea de convertirse en una especie de gemela, de conseguirlo a fuerza de mimetizarse al máximo. Pero muy pronto constata que esa ocurrencia sólo consigue exasperarla, y la madre se queja de tenerla pegada a sus faldas, de ser un incordio cada vez que se mueve, y al final debe aceptar la triste idea de no llegar jamás al estatus de clon. Sin embargo, le confía, en un jovial impulso de franqueza, que se le había ocurrido copiarla esperando convertirse en su doble, pero contrariamente a la reacción esperada, que hubiera podido consistir, por ejemplo, en revelar alguna fórmula mágica para conseguirlo o, en su defecto, enternecerse ante esa salida, la madre suspira con impaciencia, toda una desilusión para la chiquilla, que se siente incómoda después de haber confesado.

La niña tiene ahora doce años y un buen día se dice que no debe escapársele ni una sola frase más que pueda provocar un ceño fruncido. No debe equivocarse más al hablar, ni pronunciar mal una palabra, porque es duro cuando Blancanieves la reprende con firmeza si se equivoca al repetir una cita o al hablar del protagonista de una novela, y se dice que debería leer todas las obras de la biblioteca, escondiéndose por la noche, para poder obtener la recompensa soñada: una muestra de reconocimiento, de cualquier tipo; pero si fuera posible, en forma de discurso cargado de alabanzas y pronunciado ante un amplio público, que pudiera seguir vigente durante años, con el fin de recrearse en él y de pasárselo en bucle infinito. La niña queda petrificada ante la condescendencia que

acompaña a veces la corrección de un error. Es totalmente desesperante no saberlo todo, no tener ciertas referencias para poder participar en las conversaciones de la madre con su grupo de amigos sobre los cómics de su infancia o la música yeyé, cómo hacer, se pregunta, para informarse en secreto o al menos ocultar su ignorancia (*crasa ignorancia* es una expresión que oye con frecuencia, tanto como *sucio como el palo de un gallinero*), y sólo muchos años después vuelve a pensar en ello, diciéndose que no era natural, que los padres no enseñan a veces más de dos o tres cosas a los hijos, no siempre les permiten desembarazarse del miedo a equivocarse, a pasar por imbéciles, a perder la estima de los adultos más informados.

Pero todo aquello queda tan lejano que la chica de veintitrés años y pico en ocasiones se pregunta si no habrá exagerado, si no habrá concedido excesiva importancia a simples entonaciones que otra persona menos pendiente ni habría oído. Comprende entonces que a veces la mente actúa en contra del sentido común, toma arbitrariamente la iniciativa de otorgar gran significado a un comentario y lo sitúa rápidamente como valor en alza, mientras que otras palabras de contenido más amable se dejan de relleno y al cabo de un tiempo terminan por difuminarse.

Él es un fanático de la serie *A dos metros bajo tierra*. Ese día, como cualquier otro, se instala delante del televisor a la hora en que se emite la serie, pero apenas comienzan los títulos de crédito se siente mal. Fundidos en blanco, imagen de lirios marchitos, lápidas de granito con nombres americanos, patas ganchudas de un cuervo sujetas al borde de la estela: tiene aún algunos segundos para atravesar rápidamente el apartamento e inclinarse sobre el inodoro esperando aliviar el peso que bloquea su estómago; corre a ponerse en cuclillas en el minúsculo cuarto, donde se siente un poco oprimido, pues ha ganado algunos kilos. Todo se desencadena como una avalancha, se desploma fulminado probablemente por un fallo cardiaco y su cuerpo robusto impide que la puerta se mueva, dejándolo prisionero en el interior mientras su novia, totalmente horrorizada, empuja con todas sus fuerzas para intentar abrir; a pesar del silencio opresivo y la ausencia de reacción no deja de gritar su nombre.

La niña se ha convertido en una adolescente y ha surgido una relación tensa, la madre le repite una vez más que es una preocupación constante, que su presencia es insufrible, que le amarga la vida; y esas palabras hacen su función, pues la niña se ve como un monstruo, un bicho, un gremlin, en todo caso como una cosa grasienta

y blanda que, seguramente, produce asco y repulsa en cuanto uno advierte su desagradable presencia. Poco a poco ella ha interiorizado, e incluso exagerado, esta visión de las cosas, repitiéndose machaconamente que es un peso para la sociedad, imaginándose con los rasgos de una arpía, murmurándose frases crueles para avivar la llama hiriente, cuyos efectos acabarán casi por gustarle.

Sentadas a la gran mesa de melamina blanca con alas adquirida en el mismo establecimiento que parte del mobiliario reciente de la casa, esa tienda de muebles baratos de auto-montaje que acaba de abrir sus puertas cerca de París y que la gente describe con un entusiasmo exagerado, como si se tratara de una señal de la providencia. Alrededor de esa mesa lisa, sobria en sus formas, frente a un póster gigante con un paisaje paradisíaco bordeado de cocoteros, las dos se deciden un buen día a hablar, presentando una especie de declaración, en un primer momento haciéndolo con la boca pequeña y después desvelando poco a poco la verdad desnuda que, desde hace años, cada una de ellas ha visto representada en la mirada de la otra: una mala madre hacia la que se guardan demasiados reproches para que aún tengan cabida los buenos sentimientos, una hija censurada por tener tantos defectos que haría bien en autoflagelarse.

La chica ha asumido el rol de carga pesada demasiado pronto, de fardo que ha impedido la felicidad de la joven princesa atraída por la libertad y la insolencia de los movimientos estudiantiles de los años sesenta, a pesar de que ella misma se había casado antes de los veintiún años, apresurándose a imitar a las mujeres de generaciones anteriores, todas las burguesas de su familia, y de encaminarse hacia un futuro que tenía el mismo aspecto que el de un ama de casa. Y ahora, quince años más tarde, se dicen que ya es hora de liquidar los malentendidos, de saldar las cuentas pendientes. Pero, a pesar de todo, la culpabilidad crece a un lado de la mesa a causa de esas palabras tantas veces repetidas, aunque al otro lado se asegura que todo eso queda ya lejos, que los reproches están completamente olvidados; no deberían estropear este momento por miedo a que no se vuelva a presentar la oportunidad y es muy cierto que ahora ya nada será como antes. Una gota de agua salada brilla en el borde del ojo de la adolescente maquillada, que intenta retener su caída el mayor tiempo posible antes de ponerse a rodar al primer pestañeo, y a partir de ahí, la fuente es declarada abierta y riega generosa y rápidamente una parte del escenario, en particular una serie de objetos y efectos personales que se encuentran próximos a la superficie de melamina: un mantel individual de finas varillas de madera unidas con hilo flexible que se enrolla después de comer, un vaquero desgastado de cintura alta y costuras raídas, un jersey a rombos de talla XL que llega hasta las rodillas para tapar la silueta precisamente poco realzada por

esa cintura alta, un trozo de papel de cocina que a fuerza de triturarlo acaba pareciéndose a clara de huevo que se hubiera escapado de una cáscara agrietada y hubiera cuajado como un encaje dentro del agua a cien grados.

Observando la imagen del atolón que tiene delante, la adolescente no sabe realmente qué debe pensar de este cartel inmenso, casi de las mismas dimensiones que los anuncios en 4 × 3 del metro, pegado sobre toda la pared de una cocina de proporciones relativamente modestas. Aunque la gente de la casa aprecia la ironía, siente que la presencia de esa fotografía de proporciones fuera de lo común tiene algo de extraño y trascendente; presentada como un paraíso en primer grado, esta gran playa de arena fina al borde del agua turquesa con un cielo sin nubes y un sol redondo es realmente el horizonte ideal que hace soñar a su madre, un lugar lejano no muy original que recuerda a salas de espera y a folletos de agencia de viaje, pero hacia donde ella saldría corriendo sin dudarlo si le tocara por casualidad en un sorteo un viaje de una semana.

Tras esta conversación en la cocina frente al póster de la isla desierta, esa isla que a ella le costaba imaginar como un edén, pues la expresión iba absolutamente unida al angustioso asunto de la famosa lista de libros que hay que llevar, ni uno más ni uno menos, como elección definitiva y absoluta para tratar de no aburrirse durante una larga estancia solitaria (era muy arriesgado optar por textos que no se conocían puesto que podrían no ser de nuestro agrado, pero la idea de llevar libros que nos gustan para releerlos hasta la saciedad a falta de algo mejor que hacer tampoco parecía muy divertida); tras esta conversación frente al póster de la isla, no habían tenido más ocasiones para acercarse de nuevo. La recaída había ganado posiciones, y a pesar de los trozos de carne que le habían quitado a la madre poco a poco para contrarrestar el ataque de la enfermedad, sólo se consiguió constatar su avance aun después de una o dos ablaciones realizadas a la desesperada. Los somníferos que ella tomó cuando volvió antes de lo previsto de su fin de semana no hicieron más que precipitar las cosas; al parecer estaba tan debilitada que la dosis prescrita para dormir le había aportado el reposo eterno. La adolescente se encontró finalmente proyectada en aquella imagen, en una playa aislada y cercada por el mar.

Va a un colegio de monjas y vive en un barrio residencial a las afueras de la ciudad; en el camino que recorre a diario por las calles arboladas ha entablado relación con una chica de su clase bastante extrovertida y fantasiosa, aunque ella tiene más bien tendencia a

permanecer en un segundo plano, a no llamar demasiado la atención. Durante un viaje a Inglaterra, los compañeros que se han quedado en Francia reciben la noticia de su muerte accidental en una ciudad, en un cruce de calles, en plena carretera, y los detalles que recuerdan del suceso son que la muchacha reservada había olvidado mirar en la dirección por donde en su país los coches no circulan nunca y que un autobús la atropelló mientras montaba en bicicleta. Estaba también esta visión del final descrita por un testigo: un brazo atrapado en los radios de una bicicleta que su mejor amiga, y vecina locuaz, conservaba desde ese momento en su retina, como una foto fija, un *collage* monstruoso e incomprensible, al igual que su madre, casualmente una mujer inglesa, que solloza a causa de lo sucedido.

Al descubrir el cortometraje *Piège*, de Jacques Baratier, realizado poco antes de que ella naciera, la mujer de treinta y dos años no podía evitar pensar, mirando la pantalla, en lo que unía a las dos actrices llenas de fantasía e inspiración que corrían disfrazadas por el decorado de un castillo en blanco y negro tirándose huevos a la cara. No podía dejar de pensar que aquellas dos jóvenes bellezas, una rubia y otra morena, iban a perder a sus hijas aproximadamente a la misma edad, una morena y otra rubia, en circunstancias dramáticas cuyos relatos podrían leerse en los periódicos.

Nos encontraríamos más a gusto en ese minúsculo parque que en medio de la arteria ancha y bulliciosa, pues los caminantes entrarían aquí por las puertas de hierro como quien abre un paréntesis y caminarían sin prisa, con miradas reposadas, reparando en los detalles, instalando entre todos una cercanía que produciría la engañosa impresión de habernos

conocido brevemente. Habríamos formado un grupo efímero, con una vinculación casual, pero que habría existido en un momento dado. Todas las caras a nuestro alrededor se harían familiares durante el rato que permaneciéramos en un banco aquella tarde, antes de recuperar el anonimato, y dejarían de tener significado una vez retomado el ritmo de la calle, cuando las cejas se fruncen de nuevo y los pasos avanzan con determinación sobre el asfalto.

Otro 31 de diciembre, mientras la joven de cuarenta años recibe una tarjeta que llega de Berlín anunciando un nacimiento, recuerda que es también el aniversario de la desaparición por sobredosis de un periodista de la radio, del que se decía que iba cada vez más a menudo a los baños del estudio o a los bajos de las cafeterías para esnifar cocaína, y que la vida nocturna de la ciudad lo había llevado, sin darse cuenta, cada vez un poco más lejos y había revelado en él

cierta fragilidad, falta de fortaleza o deseo de dejarse absorber por la embriaguez. Le viene a la cabeza la frase del hermano de este amigo en aquellos primeros días de enero, después de un intercambio de mensajes en los que la palabra *corazón* había aparecido un par de veces; él había escrito *sangra pero late.*

Un día, por pura casualidad, un par de años antes, la mujer de treinta y ocho años descubre unas cartas escondidas en el cajón de su escritorio, un antiguo secreter herencia de su madre, al ir a esconder los cigarrillos para que el hombre con el que vive deje de fumar. Hay que ir cambiándolos de lugar porque siempre termina por encontrarlos poniendo del revés cada rincón del piso o utilizando la fuerza para hacerle confesar. Esta vez, ella intenta disimular el paquete en una trampilla secreta del viejo mueble familiar: además de seis cajones, hay un panel deslizante cuya existencia es imposible detectar y bajo el que se pueden ocultar algunos objetos de tamaño pequeño. Con el brazo estirado para llegar al fondo, nota un sobre almohadillado y doblado y lo saca de allí. Dentro, descubre una decena de hojas de pequeño formato escritas en tinta azul, cartas redactadas por un tal Pierre O., psicoanalista de la calle Val-de-Cráce, de la época en que su madre, que comenzaba a dudar de su futuro como ama de casa, había decidido *ira ver a alguien*, y de quien, decían, se había enamorado. Toda la familia pensaba que esa correspondencia, cuya existencia se conocía vagamente en aquellos tiempos de cambio en los que las cosas se adivinan aunque no se hablen, había sido reducida a cenizas o destruida sin contemplaciones por el padre enfurecido y celoso. De hecho, fue al principio de la terapia cuando la madre había decidido dejarle y, entre otros proyectos, abrir ella misma un consultorio. Al ver la dirección, la mujer de treinta y ocho años piensa instantáneamente en una de sus amigas, a quien conoció después del instituto y que vivía también en esa calle. Saca de otro cajón una vieja agenda para confirmarlo y constata con asombro que la amiga en cuestión vivía en el mismo edificio. La llama de inmediato para preguntarle si conocía a ese Pierre O. Pero claro que sí, claro que sí, era el vecino de arriba. De esta forma, ella comprende que durante años, sin saberlo, pasó horas y tardes enteras en el piso contiguo al del gran amor prohibido de su madre.

Él es joven, italiano, tiene interés por la fotografía y durante unas vacaciones conoce a un francés que comparte su misma pasión: nace entre ellos una relación de amistad y desde entonces se escriben con regularidad, tienen conversaciones telefónicas, se preguntan por sus posibilidades y su deseo común de entrar en el mundo del arte. Intentan verse al menos una vez al año cuando uno u otro tienen

tiempo para viajar, pero es sobre todo el amigo francés quien va, encantado, a pasar unos días a Roma, en especial durante el verano. Un día recibe la noticia de que su amigo ha sufrido un ataque fulminante al salir de casa y ha caído en el portal cuando iba a comprar el pan o algo de comer.

Le gustan las motos y acelera como un bólido sobre su gran cilindrada, buscando siempre superar el récord anterior. Un día, se lanza por la autopista a excesiva velocidad, pierde el equilibrio y choca contra un objeto: se arrastra durante metros y metros antes de ser catapultado como un obús, la moto sale despedida hacia otro lado; después aterriza en un campo de trigo verde, milagrosamente intacto. No está muerto: se pone en pie y consigue caminar, avanza paso a paso entre las altas hierbas, realiza un recorrido vacilante hasta el borde de la carretera, totalmente sobrepasado por el susto y la brutalidad del choque. Demasiado aturdido para saber lo que hace, se dispone a atravesar la franja de asfalto lisa y mate, sus pasos parecen flotar, como amortiguados por una capa de algodón, liberado de repente del esfuerzo hecho al caminar hace sólo unos segundos, cuando sus pies se hundían pesadamente en la tierra removida, y no tiene tiempo, creemos, de ver llegar el camión.

A la vuelta de un viaje a Perú no se encuentra bien y debe hacerse algunas pruebas. Allí, un campesino le predijo el futuro en las hojas de coca y le pareció ver una mala profecía. Se enfrenta a tratamientos, a rayos, a informes: no sirve de nada operar, pues todo el mundo sabe que con ese órgano afectado, el mal no tiene cura. Con las pocas fuerzas que le quedan para bromear, dice, hablando del instituto Gustave-Roussy,[3] que *todo esto huele a chamusquina*. Muere algunas semanas más tarde después de haberse sometido sin mucho convencimiento al protocolo médico.

Bastantes años antes, cuando él no había cumplido los veinte, su padre despareció como por arte de magia un día mientras remaba en un lago. Encontraron la barca y los remos pero ningún indicio de vida o muerte; durante años aquello fue un drama sin resolver, la mujer y los hijos, abandonados a merced de los interrogantes, se enfrentaban a lo incomprensible. Nunca llegarían a conocer lo sucedido, intentarían de alguna manera iniciar una investigación, imaginarían mil posibilidades, pasarían el resto de sus vidas preguntándose si lo habrían secuestrado y por qué, o si había huido para comenzar una vida nueva en el otro extremo del mundo y quizá casarse con una extranjera con quien habría formado una segunda familia.

Tiene la edad de mi hermana. Desde la infancia monta con frecuencia a caballo y participa en carreras y en pruebas de obstáculos los fines de semana. Todos los padres que acompañan a sus hijos saben que a veces hay accidentes y temen el peligro, la dificultad de ciertos recorridos, se estremecen ante el impresionante tamaño de los vados y de las paredes de piedra. Sin embargo, cada domingo, llueva o haga sol, allí están todos para dar ánimos en los pueblos de los alrededores de París, levantados desde las cinco o las seis, con cámaras de fotos e impermeables. Ella sigue practicando este deporte ahora que ya está en la universidad y, según parece, recién prometida. Ese día es una prueba especialmente dura y en un terreno encharcado; una barra mal sujeta cae al suelo y su caballo se asusta: la lanza al suelo en una cuneta y le pisotea el estómago al intentar escapar.

Mientras bañaba a su bebé, el teléfono fijo sonó, fue a responder dejando al niño solo un instante y, al volver, lo encontró sin vida, tumbado boca abajo en unos centímetros de agua que habían bastado para que se ahogara.

No sé si recibiría de buen grado que le contara que, mucho más tarde, conocí a una mujer de cabellos grises que fue, por así decirlo, mi jefa durante unas prácticas y que tenía la habilidad de saber decir si el trabajo estaba mal hecho, de reprendernos firmemente pero sin dureza. En aquel momento viví una especie de fantasía que me empujaba tras su estela al mismo tiempo que se instalaba en la empresa un ambiente familiar y distendido a veces casi delirante. Un día vino un fabricante de postales para asistir a una reunión: hacía mucho tiempo que conocía al equipo y solía imprimir una serie de imágenes para las felicitaciones de Navidad y la correspondencia con nuestros socios. Lo recuerdo como un hombre de unos cuarenta, independiente y bien situado en su vida profesional y afectiva, pero algún tiempo antes no había dudado en pedirle a mi jefa que *lo adoptara*; y sin tan siquiera esperar la respuesta empezó a llamarla mamá. Esta broma aportaba aún más diversión al ambiente ya bastante relajado de la oficina y ese nuevo lazo familiar fue aceptado rápidamente por todo el equipo, que no perdía la oportunidad de pasarlo bien. Yo estaba terriblemente celosa de aquella idea tan original, que él me había robado tranquilamente antes incluso de que se me ocurriera. Yo también se lo habría pedido, pero ahora era demasiado tarde y, por otra parte, mi jefa, además de aquel intruso, ya tenía otros dos hijos.

Aparecían de forma arbitraria, según un calendario caprichoso, por un pensamiento azaroso o un oscuro meandro, salían a la superficie

después de algunos años o permanecían, por el contrario, presentes desde siempre en el pensamiento. Poblaban la vida cotidiana. Planeaban sobre nuestras cabezas y nos prevenían de ciertos peligros, pues pensar en una experiencia dramática o en un accidente fatal sufrido por alguien de nuestro entorno incita a tener más cuidado. Algunas historias volvían con la misma cadencia que el estribillo de esas canciones que se activan de forma automática por culpa de algunas notas y uno pasa el día entero repitiéndolas sin haberlas elegido ni buscado. La mayoría de las historias quedaban asociadas a aquellos que las habían contado y, curiosamente, el contexto del relato permanecía también presente. Eso sucedía con la muerte de aquel motorista loco por la velocidad (supimos que trabajaba en un café al que acudía habitualmente la persona que contó la historia), que quedó extrañamente asociada a la decoración totalmente impersonal de los bajos de aquel restaurante donde conocimos su violento final y a las imágenes de un partido de fútbol en pantalla gigante proyectadas ante un público de coreanos más o menos borrachos, a los dibujos acolchados del mantel de papel reciclado manchado de sopa de fideos y a la sonrisa algo forzada de la camarera, a quien el chaleco encarnado muy ajustado y los zapatos negros daban aspecto de azafata.

Sucede que por temporadas uno olvida, no piensa en las personas con quienes, por ejemplo, asistió a clase; luego recuerda que semanas atrás supo que aquel tipo alto, uno de los personajes más destacables de entre los alumnos de Bellas Artes, también había muerto, sin más detalles. Y de repente vuelve a la memoria aquel delgaducho de espalda encorvada, con el pelo rubio descolorido cayéndole por los hombros y la nariz fina e interminable enmarcada por ojeras de color gris (en el irresistible juego de los parecidos con animales, él habría sido un lebrel afgano), que se divertía imitando por los pasillos la risa tan singular de uno de los profesores, lanzando con voz grave tssssss que resonaban por los talleres y provocaban escalofríos y sonrisas. Realizaba enormes dibujos a carboncillo, retratos de su madre, que parecía una bruja o una prostituta, el cuerpo envejecido y el rostro arrugado, desnuda sobre el lecho en compañía de un perrito blanco, en rollos de papel inmensos sujetos con cuatro chinchetas a la pared. Estaba también aquel otro compañero, un moreno achaparrado de cejas como el carbón y ojos de un negro endrino rematados por sedosas pestañas, que parecía estar ya seriamente comprometido con la reflexión artística. Se le veía en las clases de cine de los viernes, clases que reunían a un grupo de fieles aficionados en aquel anfiteatro donde siempre había problemas de cables y de *racord*, y donde el profesor, un veterano de *Cahiers du Cinéma* que soñaba con dirigir

películas, tardaba siempre media hora en encontrar el mando a distancia y conseguir que apareciera la primera imagen en la minúscula pantalla. A última hora de la mañana, todo el mundo iba a almorzar con él para prolongar la charla en torno a un frugal sándwich de queso en uno de los tres bares sin encanto en aquella ciudad nueva, sándwich que ofrecía una estética radical, similar a la profesada por la escuela, que se extendía, al parecer, hasta la cocina de la cafetería: rechazo de la seducción, temor a caer en el preciosismo, tendencia al minimalismo. Después, todo el grupo volvía a encerrarse en la oscuridad, con el estómago bombardeado por un café expreso demasiado cargado y demasiado amargo, para ver una segunda o una tercera película y seguir debatiendo. Los antiguos alumnos se enteraron un día de que el compañero moreno de mirada aterciopelada se había suicidado en su estudio después de beberse una botella de whisky.

Antes de aquello, descubrieron al comenzar la lectura del periódico por las páginas posteriores, que el profesor de cine, él también, había puesto punto final a su vida, seguramente solo y deprimido, repitiendo el mismo gesto de un cineasta al que admiraba y al que había dedicado un libro.

A veces, el hecho de encontrarse con la gente después de varios años se convertía en un informe apresurado, en la esquina de una calle o en un autobús, sobre aquellos con los que seguíamos en contacto o los que faltarían a la cita a partir de entonces. Uno pasaba revista a los nombres de personas que había conocido, pero las informaciones eran fragmentarias o inexistentes y era difícil saber lo que había sido de uno o de otro. Al encontrar por casualidad la melena cuadrada de cabello liso como una tabla que la madre de un antiguo compañero exhibía desde hacía años (no había cambiado realmente, salvo que su pelo, tan espeso como siempre, era ahora de color gris), uno se enteraba, al mismo tiempo emocionado por el reencuentro y ligeramente molesto por todo lo que afloraba de repente, un poco impaciente también por la lentitud de elocución que claramente se había acentuado con la edad, que uno de los dos gemelos, cuyo perfecto parecido había marcado los años de escuela, había abandonado precozmente este mundo.

Por otra parte, las fotos de grupo contaban más o menos la misma historia: imágenes de generaciones de niños alineados en el suelo con las piernas cruzadas, sentados en sillas o colocados de pie por un fotógrafo acostumbrado a calcular las tallas de un vistazo, pero equivocándose a veces en opinión de algunos, que llevaban mal el haber sido incluidos en el grupo de los pequeños cuando ellos eran tan

grandes como el que más, decían que sus caminos se separarían y tomarían direcciones desconocidas. Los alumnos, sonrientes, tristes o de mala gana, que esperaban sin demasiada confianza la aparición del pajarito delante de troncos de castaños o de fachadas de ladrillo con ventanas idénticas, todos aquellos rostros perfectamente alineados decían una y otra vez que sus destinos serían injustamente diferentes y contrarios, que algunos conocerían vidas de calma chicha, otros suertes terribles, serían castigados por enfermedades graves, soportarían duelos diversos o, por el contrario, serían bendecidos por la suerte, acompañados por la buena fortuna, se instalarían en el extranjero, se mudarían al campo o retomarían el piso y el negocio de sus padres quedándose finalmente en el barrio de su infancia. Viendo aquellos ojos mirando al frente, los contornos de sus rostros reunidos en un instante puntual por el azar de la proximidad geográfica y la circunstancia de tener aproximadamente la misma edad, las siluetas de aquellos que se trataban a diario por obligación pero que se perderían de vista mucho más rápido de lo que imaginaban, era casi seguro que el mismo grupo sería imposible de recomponer apenas algunos años después, y uno podría preguntarse también de qué manera evolucionarían los físicos y los estilos, aquellos que aún se reconocerían y los que se transformarían en personas completamente diferentes.

En ocasiones, uno se sorprendía pensando en toda la gente cuyas vidas se habían alejado pero cuyos nombres volvían a la memoria, para siempre familiares, aunque el ejercicio de imaginar lo que habría sido de su vida no llegaba nunca muy lejos por falta de datos concretos o de ganas de buscar, y de todos modos más valía no saber demasiado ni tener esperanzas en reanudar la relación, por no tener que verse, una vez reunidos, en la tarea de rellenar torpemente los silencios, de encontrarse desamparados frente a la desoladora y más que probable ausencia de cualquier complicidad.

Al abrir el periódico en la terraza de un café, topamos un buen día con su retrato a toda página y en blanco y negro. Era toda una sorpresa ver la foto de aquel personaje que había llegado a resultar familiar, visto en múltiples ocasiones en las sesiones de la Cinemateca, sin comprender al principio la razón de que apareciera en primer plano, y el primer reflejo consistió, extrañamente, en pronunciar su nombre en voz alta como para identificarlo inmediatamente ante los demás lectores o los vecinos de mesa, que tenían aún el periódico plegado frente a ellos. Esta mezcla de frenesí y excitación fue pronto reemplazada por una toma de conciencia brutal al ver el titular que anunciaba su desaparición la antevíspera. ¿Lo presentaban como cineasta o como realizador? Él mismo había escrito todo un ensayo

sobre la cuestión, con la finalidad de definir precisamente dónde residía la diferencia entre esos dos términos: en resumen, el realizador, que sería tratado de cineasta, había elaborado una obra, un universo particular que añadía una nueva piedra al edificio del cine, y esto no correspondía afirmarlo tanto a él como a la propia historia. Hojeando el periódico en la terraza de aquel café, delante del expreso, cuya espuma, de momento intacta, ocultaba su negrura, la vista distraída por el baile de una paloma amnésica que picoteaba veinte veces seguidas la misma sucia colilla antes de volver a escupirla, se había instalado esa descorazonadora sensación de que las cosas se agotan demasiado aprisa, se estropean en el momento más inoportuno (pero ¿podía ser de otra manera?), al tiempo que un rayo matinal templaba el aire y que la marea de vehículos, trepidante y frenética, esperaba en el cruce de calles.

Estaban también esas espantosas escenas entrevistas velozmente en los arcenes de las autopistas, donde policías de amarillo fluorescente hacen gestos pidiendo avanzar para no bloquear el tráfico. Las carrocerías hechas pedazos, las sirenas de los bomberos, el número correspondiente de ambulancias, o ese coche distinguido una tarde en una vía rápida en curva o en cuesta, totalmente boca abajo y de donde sobresalía un brazo. En una esquina de la calle del Faubourg-Saint-Antoine, en una zona protegida por una cinta de seguridad, un agente de policía tuvo la suficiente presencia de ánimo para decir a los peatones *no miren* al tiempo que pedía al chófer del transporte pesado, quien sin duda no había visto venir al ciclista de la calle Forge-Royale, cuya cabeza se encontraba ahora atropellada bajo la enorme rueda, que diera marcha atrás.

En la avenida de los Pyrénées habían colocado una manta marrón sobre el cuerpo del que acababa de saltar al vacío y un zapato absurdamente aislado y desparejado había salido disparado algo más lejos; un espeso hilo de sangre se deslizaba bajo la manta trazando una línea sobre el asfalto.

Una noche, al volver a casa tras una breve ausencia, reparó en un charco de sangre en el suelo y descubrió, a medida que iba de habitación en habitación, que su compañero de piso había decidido terminar de la manera más atrozmente dolorosa que pudo encontrar, tragando un producto desatascador de tuberías.

Mientras ordenaban la buhardilla donde uno de los dos había amontonado una parte de sus libros, el que había venido únicamente a acompañarlo para charlar un rato mientras hojeaba distraídamente algunos viejos ejemplares sobre heráldica o micología, recibió una

llamada y supo que su hermana se había arrojado desde la ventana de su casa esa misma tarde.

La mujer, que seguía acumulando años y empezaba a comprender por qué la mayoría de la gente a partir de cierta edad deja de celebrar su cumpleaños, había conocido, a través de un amigo común, a un escritor italiano que vivía en Roma, y al volver a esa ciudad para una estancia de varios meses contactó de nuevo con él, pues deseaba salir por la noche y conocer gente. Mayor que ella, soltero y seguramente un poco alcohólico, vivía desde hacía años en un vetusto edificio situado en una avenida residencial, en un piso herencia de su tío, lo que se veía como algo extraño en su ambiente bohemio, puesto que no casaba ni con su estilo ni con su nivel de vida. Todos bromeaban amablemente sobre su situación, por privilegiada y absurda, como si fuera un impostor, y también a él parecía que le hiciera gracia; se sentía, no obstante, un poco desconcertado, pues creía notar un cierto tono de reproche en aquellas bromas sobre la distinción de su barrio y el alto *standing* de su piso. La única manera de convertir esta anomalía en algo aceptable para sus amigos, que vivían en barrios alejados del centro o en los alrededores de la estación, era considerarlo una excentricidad. Ella lo llamó tan pronto como llegó a Roma y se vieron en numerosas ocasiones, en su casa o en los bares en los que a él le gustaba alternar, y todavía hoy se pregunta las razones de que aceptara salir con ella tan a menudo y tan amablemente, dado que no había nada entre los dos y que ambos notaban que aquella complicidad un poco forzada sólo duraría el tiempo de su estancia en la ciudad. Sin duda, él estaba tan solo como ella; sin duda, le agradaba la idea de aquella amistad sin mañana que ambos mantenían llamándose con regularidad. Ella había intentado incluso filmarlo, contando un recuerdo que fuera un sentimiento de culpa, y ambos habían preparado concienzudamente la grabación charlando con anterioridad sobre la historia que él podría elegir. Finalmente, sentado en una silla de tijera en un antiguo estudio de pintor, contó ante la cámara que se sentía bastante mal moralmente cuando comía pulpo en ensalada porque había oído decir que, precisamente, el pulpo formaba parte de los animales más inteligentes; le molestaba masticar a un ser dotado de capacidad para reflexionar, y con agudeza, acerca de lo que estaba padeciendo en ese momento, a pesar de que estuviera difunto y cocido.

Algunos años más tarde, ella tuvo la oportunidad de regresar por unos días a Italia y consideró obvio y natural tras tanto tiempo, y seguramente con tantas cosas por contar, reaparecer y darle una sorpresa. Ya no tenía su número de teléfono, pero bastaba con teclearlo en internet; de inmediato, el buscador abrió la página de una

enciclopedia libre donde se hablaba de su vida en pasado; y leyendo más abajo supo con dos años de retraso que él se había matado en un accidente de moto.

Durante años, sintió apego por algunos objetos-recuerdo; por ejemplo, un brillo de labios rosa nacarado, el típico regalo de una madre para su hija, fresco y muy primaveral en opinión de la vendedora de aquella perfumería de Honfleur y, sin comparación, mucho más agradable que el maquillaje pringoso y pretendidamente favorecedor que hacía que uno se preguntara acerca de las razones por las que las jóvenes se ennegrecían los ojos de aquella manera, que ella había conservado durante largos años hasta que su contenido acabó pareciendo una pasta grumosa afectada por una misteriosa enfermedad. Conservaba como una reliquia las escasas postales y cartas, muchas de ellas incomprensiblemente perdidas, aunque se preguntaba si no las habría tirado en un impulso de inconsciencia juvenil; cartas en las que se decían pocas cosas aparte de novedades sobre el resto de los miembros de la familia, principalmente sobre la gata y la perrita. Con cierta frecuencia, en las misivas enviadas durante las vacaciones o durante los viajes para aprender idiomas, se hablaba de lo que sentían los animales como metáfora, sin duda, de los sentimientos que uno no se atrevía a exponer directamente. Tal es así que encontró una donde se leía: Zoé cree que no *le servimos correctamente su cuenco de leche, todavía hoy me lo ha reprochado* y *Tartine se acuesta a menudo en tu cama vacía, mirándonos con tristeza… ¡Menudo panorama!*

La mujer de veintisiete años, que nunca antes había reparado en ello, tardó muchos pero muchos años en darse cuenta de que el nombre de la perra se diferenciaba sólo en una letra del nombre de su madre.

En el escaso montón se conservaba precisamente una postal de cumpleaños con un dibujo en trazo negro, ligero y sinuoso, de una gata con trenzas y un vestido de flores.

Una nota en la parte inferior, como en los cuadros de Magritte, indicaba *trenzas de gato*. Siempre se había preguntado si aquella Natacha[4] no correspondería a la hija ideal que su

madre habría preferido tener, una chica diferente, con pelo largo y brillo de labios, graciosa y sonriente, a años luz del chicazo acomplejado que arrastraba los pies torpemente y pasaba el rato tirado en el sofá.

Un hombre a quien gustaba perfumarse con esencia de higuera, escribió que el día más bonito de su vida pertenecía seguramente al pasado. El concepto de día más bonito era para la mujer de casi

cuarenta y dos años un gran misterio. Aquel logro memorable y excepcional, similar a una obra maestra que supuestamente debería discurrir en total perfección de la mañana a la noche para iluminar en el futuro momentos más sombríos, ¿era algo que sucediera realmente? Este concepto imponía una presión terrible sobre la vida misma para poder llegar a lucir con orgullo su día más bonito, y ya que ese día debía distinguirse de los demás, de principio a fin no debería producirse el más mínimo incidente, nada que pudiera ensombrecer o manchar su desarrollo, puesto que entonces sería necesario cambiarlo por un día posterior y volver a comenzar de nuevo, con el fin de conseguir esta vez una secuencia sin fallos. Si, por ejemplo, ese día comenzaba con buen humor después de una noche maravillosa, con el anuncio de una buena noticia y la bendición de un rayo de sol, pero algo más tarde, en la calle, alguien nos daba un empujón sin pedir disculpas o perdíamos el metro por un segundo, todo se estropearía; a poco que alguna dificultad, aunque fuera mínima, hiciera su aparición, se perdería la carrera en pos de la clasificación suprema. La menor perturbación, un pequeño vaivén, podría hacer vacilar y replantear los aspectos positivos de todo lo sucedido anteriormente.

De hecho, si ella se hubiese casado, ya que a menudo se supone que la boda es el día más bonito, habría pasado el día entero vigilando lo discordante, prestando atención a los más mínimos detalles y a los fallos que pudieran producirse, desde el bostezo de un invitado a la respiración alcohólica de uno de los camareros, pasando por la dureza de la carne, que, sin embargo, se había encargado de la mejor calidad. Se habría obstinado en buscar lo que pudiera contradecir esa máxima, como para escapar más fácilmente de la idea de que el matrimonio, a pesar de los sentimientos por el futuro marido, represente la máxima felicidad que una mujer pueda conocer en su vida. Esto se hubiera debido también a la superstición y al más puro espíritu de contradicción, con el fin de constatar que las frases grandilocuentes, tan a menudo sentenciadas, tienen un margen de error y no siempre son válidas para la humanidad en su conjunto.

De hecho, se habla con más frecuencia del día más bonito que del peor día. No suele uno preguntarse en qué consistirá el día más amargo y cuándo tendrá lugar. Afortunadamente, nadie pregunta *Bueno, ¿qué me dices? ¿No será el peor día de tu vida?*

Nos apresuraríamos a abandonar el pequeño parque después de haber estado sentadas un buen rato observando las hojas dentadas y las salpicaduras del agua de la fuente en la arena cada vez que un niño, apoyándose en las dos manos, presionara el grifo. Tal vez ella preferiría retornar al reino de las almas, después de haber comprendido que no podría volver a adaptarse demasiado bien aquí

abajo. Yo intentaría retenerla, pero me quedaría corta en argumentos de peso y me escucharía afirmar que la vida es bonita para animarla a quedarse; aunque me sonaría a anuncio de gominolas. La vería desaparecer y, de nuevo, subir la avenida para mirar otra vez el escaparate de sofás de piel de cocodrilo y muebles brillantes, antes de tomar la bifurcación de la derecha y seguir la calle larga que conduce hasta el cementerio Père-Lachaise.

Saliendo en dirección opuesta, me preguntaría dónde estaría la señora menuda que vendía flores en el mercado y cultivaba, al parecer, en su jardín de las afueras unas dalias magníficas que envolvía en papel de periódico, atadas con un cordoncillo de lana, y dejaba a la naturaleza el hecho de no disponer de ellas todas las semanas, mientras ofrecía ramos no menos fabulosos de bocas de dragón o de altramuces. Y la que esperaba a la entrada de su papelería, pequeña y llena de arrugas, con las manos metidas en los bolsillos de canguro de su bata de poliéster, extrañamente cedida bajo el escaso peso de aquéllas, y observaba la calle desde aquel punto con la esperanza nunca perdida de ver desembarcar a un grupo de escolares que vinieran a comprarle las etiquetas y los cuadernos ligeramente descoloridos del pequeño escaparate.

Algunos metros más adelante, la calle estaría, como siempre, abarrotada, llena de personas que se cruzan y siguen sus caminos, acuden a citas, se lanzan en bicicleta para no llegar tarde. La calle estaría superpoblada de caminantes que avanzan intentando mantener el rumbo, evitar un charco, sostener una mirada, mientras que sobre sus cabezas, en un piso situado en lo alto, un hombre tal vez habría dejado de preguntarse lo que haría al día siguiente. Los brazos levantarían cartones, se balancearían al ritmo de los pasos, transportarían bolsas. Las piernas irían en una dirección o en la contraria, avanzarían de frente, subirían escaleras. Las mentes albergarían miles de ideas, seguirían el hilo de un pensamiento, recordarían algunas palabras, soñarían inexorablemente con algún paraíso.

# NOTAS

1 *N'enterre*, «no entierro», se pronuncia como Nanterre. (Esta nota y las siguientes son de la traductora.)

2 *Rome* al revés se pronuncia *mor*, igual que *mort,* «muerte».

3 Juego de palabras. *Ça sent le roussi*: «huele a chamusquina».

4 En francés, *nattes à chat*, «trenzas de gato», suena igual que el nombre de mujer «Natacha».